

Weatherford, Jack, *El legado indígena. De cómo los indios americanos transformaron el mundo*, Barcelona, 2000, Editorial Andrés Bello, 312.

Los conquistadores no sólo agredieron y saquearon una pequeña parte de América, provocaron la hecatombe demográfica y acabaron, siglos después, apoderándose del resto del continente para arrasarlo; además, sin originalidad alguna, urdieron un sinfín de calumnias sobre los embestidos, motejando a la gente de las sociedades autosuficientes de salvajes, bárbaros o caníbales y a los súbditos de los pocos estados excedentarios de “estancados” en el neolítico.

Por ello es de agradecer el libro del profesor Weatherford que se divide en dos partes bien diferenciadas. En la primera pormenoriza el trascendente rol articulado por la colonización en el engendro de la sociedad capitalista, injusta, violenta, empobrecedora o sin futuro, desde la invasión del mundo por plata de las Indias conseguida con el suplicio de millones de víctimas de la mita u otras formas de esclavitud más o menos paralela, hasta la experiencia acumulada con la piratería, el comercio o las plantaciones y el papel jugado por tanto producto indiano, alimentos o materias primas, en el orto de la revolución industrial de Occidente.

En la segunda parte enumera notables aportaciones americanas, el cariz libertario, pero ordenado o la autonomía y armonía de tanta nación aborígen que inspiró la *Utopía* de Moro (igualdad sin dinero), asombró a Montaigne o guió a Thomas Paine en la búsqueda de una sociedad civilizada y desinteresada que se ahorrara la pobreza. El autor porfía, la democracia igualitaria y el ideal de libertad no derivarían de la práctica grecorromana recuperada por los galos en el siglo 18, sino que llegaron al imaginario europeo a través del conocimiento que sabios, viajeros, marinos, misioneros o eruditos del Viejo Mundo tuvieron de comunidades indianas. También enumera la resistencia de los invadidos y su amparo a otros nativos forajidos o africanos rehusando la esclavitud (caso de los seminolas, una palabra derivada de la castellana cimarrón); aportes americanos en el ámbito político (iniste en que forjaron una auténtica democracia frente al estafalario parlamentarismo occidental), alimentario (de la patata al girasol, del chicle al maíz), alucinógeno (coca o peyote), curativo, tecnológico (chinampas o suka kollu), científico (de la astronomía a las matemáticas), arquitectónico (y se sigue llamando falsa bóveda a la maya, que resistió todos los terremotos), de la comunicabilidad, pero excelentes caminos andinos facilitaron el movimiento de caballos o cañones y dieron lugar a la paradoja de que los estados americanos devinieran más vulnerables debido a esta ventaja del sistema carretero local.

El autor concluye, “Las civilizaciones nativas no se derrumbaron ante el Viejo Mundo a causa de alguna inferioridad intelectual o cultural. Simplemente sucumbieron ante la enfermedad y la fuerza bruta. Mientras los indoamericanos gastaron milenios en convertirse en los mejores campesinos y farmacéuticos del

mundo, los habitantes del Viejo Mundo gastaron un período similar amasando el mayor arsenal del planeta. Los más fuertes, aunque no necesariamente los más creadores o inteligentes, ganaron el presente”.

Miquel Izard